

La polémica existente en Londres sobre la «Armada Invencible»

HUGO O'DONNELL*

*EFEMÉRIDE Y
LEYENDA
NEGRA*

HACE 400 años fue lo de «La Invencible» ...que ese absurdo nombre prevaleció en nuestro país sobre las verdaderas denominaciones del proyecto de conquista de Inglaterra tales como «Jornada de Inglaterra», «Armada de Inglaterra», «Gran Armada» e incluso el no menos pintoresco de «Felicísima Armada» que recibió en los esperanzadores preparativos, y que los ingleses denominan simplemente «The Armada», la ARMADA por antonomasia.

Pocos hechos históricos han dejado tan profunda huella en los pueblos modernos como éste en el recuerdo e imaginación del inglés, que ha mitificado los personajes y hecho de una propaganda bélica inicial, a la que se han ido sumando en el transcurso del tiempo nuevos datos sugestivos, una historia paralela que no tiene precedentes más próximos en Europa que los mitos y leyendas medievales. Si por leyenda negra entendemos, como decía Jude-rías, el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra Patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación o, por lo menos, la ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte; las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad... la opinión, la literatura, incluso la historia inglesa en materia de la Armada han constituido durante centurias, auténtica leyenda negra que de alguna manera ha trascendido desde sus orígenes y en buena parte ha sido admitida en nuestro propio país, sin el menor espíritu crítico y con morbosa aceptación.

*PREPARATIVOS
Y ACTITUDES
TRADICIONALISTAS*

Conforme la efeméride se iba acercando, numerosos organismos e instituciones ingleses, tanto públicos como privados, anunciaron su participación en muy diversas manifestaciones. En Londres se llevaría a cabo un desfile a pie y en barco de Greenwich a Tilbury, conmemorativo de la revista y arenga de la Reina Isabel I a su ejército; en Plymouth regatas, exposiciones diversas, visitas culturales, acrobacia aérea, espectáculos de luz y sonido, y naturalmente una representación del «game of bowls»; en el «West Country» concursos de obras de arte sobre el tema, bailes de dis-

* Madrid, 1948. Jefe de investigación del Museo Naval.

fraces, banquetes y festivales; a lo largo de toda la costa| de Kynance Cove, en Cornualles, a Berwick-upon-Tweed, se habrían de preparar 150 fogatas nocturnas en recuerdo de las alarmas luminosas que anunciaron la presencia de la Gran Armada.

No fueron éstas sin embargo, de todo punto de vista, pero especialmente del científico, las manifestaciones programadas de mayor relieve, sino el anuncio público del National Maritime Museum de preparar una magna exposición con material;nacional y extranjero de primera importancia, y la conocida intención de varios prestigiosos historiadores de revisar en inmediatos ensayos históricos la acción y los personajes. Los corolarios de ambas no iban a resultar ciertamente anodinos.

Los historiadores Victorianos no habían mostrado especial interés en modificar la opinión popular sobre estos acontecimientos. Durante un largo período la labor de investigación en fuentes originales se abandonó, repitiendo los autores tesis y enjores documentales que, sin embargo, llevaron a interpretaciones a veces dispares, que, en cualquier caso, influyeron poco o nada en el sentir nacional sobre el tema.

Las excelentes obras de Hume, Corbett, Laughton, Elliott, Froude, Lewis, Williamson... basaron sus trabajos en importantes colecciones documentales impresas de origen inglés y en la documentación española referente a la materia publicada en la «Colección de Documentos para la Historia de España», las obras de Fernández Duro (1885) y Herrera Oria (1929), así como en algunos documentos aportados por el duque de Maura en 1952.

Pese a las nuevas contribuciones e investigaciones el tema no podía darse en absoluto por terminado y, aunque así lo entendieron algunos autores, ni su contribución ni su deseo de continuar la labor de archivo, hallaron eco fuera de un reducido grupo de especialistas.

Vivos y aun reforzados los tópicos de Felipe el ambicioso frente a Isabel, adalid de libertades; del Goliath español y el David inglés ayudado por la Providencia; del ingenioso Draké y el torpe Medina-Sidonia; de la derrota total y vergonzosa huida: en fin, de la «Armada Invencible», arraigaron al resultar útiles pfeicológicamente para reforzar los sentimientos patrióticos frente :a las amenazas de invasión que ha sufrido la Inglaterra contemporánea por parte de Napoleón y Hitler.

Con el título, «La Derrota de la Armada Invencible» se publicaba en 1985 y en lengua española, la obra de Garrett Mattingly. En la primera edición de la versión original se había impreso como «The Armada», pero al editor español debió parecerle más sugestiva la innovación doblemente falsa. El trabajo del historiador era serio y marcaba una nueva etapa que ya habían iniciado y seguirían otros.

El primer historiador, sin embargo, que afrontaría los grandes tabúes con un auténtico trabajo de investigación, sería Geoffrey Parker de la Universidad de St. Andrews que, en unas;conferencias posteriormente publicadas en España, estudiaría un supuesto con sólidas bases argumentales y documentales: «If th£ Armada had landed...». Su tesis, basada en la superioridad absoluta del

**LAS
PRIMERAS
POSTURAS
REVISIONISTAS**

**INCERTIDUMBRE
INICIAL Y
ENFOQUE
SORPRENDENTE**

ejército español en todos los aspectos menos el numérico, era que, caso de haber desembarcado la fuerza de invasión, hubiese cumplido todos sus objetivos.

En plena preparación de los dos esfuerzos más representativos, la exposición y la labor de investigación anunciada, resultaba difícil augurar cualquier tipo de orientación o resultados. Se puede decir que desde los primeros contactos entre el Maritime Museum de una parte, y el Instituto de Historia y Cultura Naval, y el Museo Naval de Madrid, de otra, la Armada española asumió, por su parte, la responsabilidad de llevar a cabo un proyecto de investigación de la documentación original existente, aunque otras propuestas de investigación común no fructificasen. Un sector de la prensa inglesa interpretó las dudas oficiales sobre una colaboración en esta materia, en el marco de las relaciones hispano-británicas del momento, como falta de objetividad histórica, calificando el London Evening Standard «La gran victoria de Sir Francis Drake» como: «...bocado espinoso difícil de tragar al parecer para Madrid...».

Estos comienzos poco esperanzadores hicieron aumentar las dudas sobre la oportunidad de colaborar en un tema de por sí sensible, y la posibilidad de traer la exposición a España tras Greenwich y Belfast fue desestimada, así como el alto patrocinio de D. Juan Carlos I compartido con la Reina de Inglaterra.

Como «un silencio ensordecedor en torno a este asunto» fue comentado por el citado periódico y considerada la posición española como «resistencia por parte de la tierra de la matanza y de los santos», como llamara a nuestra patria Hilaire Belloc.

Pese a estos malos augurios, el nombramiento de Mía Rodríguez Salgado, prestigiosa profesora del London School of Economics, como figura clave de la organización y asesoramiento histórico de la exposición, fue acertadamente interpretado desde el principio, como claro exponente de la encomiable intención del Maritime Museum, dirigido por el profesor Ormond, de afrontar el tema con las máximas garantías de respeto y rigor.

Este nombramiento, las primeras conclusiones del equipo de historiadores y la posterior publicación del primer folleto divulgador de la exposición, desataron una acre réplica significativamente mantenida por comentaristas de periódicos, y no por historiadores consagrados.

La designación de D. José Puig de la Bellacasa como presidente del comité de honor y la colaboración de auténticos héroes vivos como el almirante Lewin, vencedor en Las Malvinas, exasperó a muchos que quisieron ver en el embajador español al instigador de la nueva ola españolista, como en tiempos del «Gunpowder plot».

Mientras tanto los investigadores llegaban a algunas conclusiones; Stephen Deuchar reducía a Francis Drake a su auténtica dimensión de hábil hombre de mar con antecedentes piráticos, mientras reconocía que las fuerzas inglesas no eran el pretendido David, sino equivalentes, si no superiores a las españolas.

El periódico «Times» resumía las nuevas conclusiones (nuevas al menos para los ingleses) en el sentido de que «La Armada,

según se cree ahora, fue dispersada gracias al mal tiempo», aunque más adelante se lamenta, con argumentos de su propia cosecha, de que bien se podrían permitir los británicos una inocente y ahistórica autogratificación a costa de la Armada.

La profesora Rodríguez Salgado por su parte y tras afirmar que, desde el punto de vista militar y político, la campaña de la Armada no tuvo repercusiones inmediatas y que el poder naval español se recuperó rápida y eficazmente, continuaba dando sorpresas: «no se perdió ningún barco español como consecuencia de combate con el enemigo», «la estratagema de los brulotes de Drake no causó ninguno de los incendios que muestra la iconografía posterior» y dejando en evidencia la manipulación propagandística, asumida popularmente como verdad incuestionable.

Robert Smith afirmaba tajantemente que la victoria, si es cierto que la hubo, había que imputársela al «bloody British Iweather», y el almirante de la flota, Lord Lewin, reduce a su vez la participación de Drake a la de un mando subordinado.

Desde finales de 1987, cuando estas manifestaciones empezaron a producirse, estalló una fuerte reacción, especialmente en las ciudades costeras del sur, como más relacionadas con la leyenda de Drake. La encabezaban el alcalde de Plymouth y el organizador de las celebraciones locales y concejal, Reg Scott, a la que se sumaron numerosos periódicos.

A. N. Wilson desde el Daily Mail titulaba su artículo: «Los españoles no pudieron hundir a Drake..., pero 339 años después los británicos están intentando hacerlo para ellos». Tras criticar acerbamente una forma de reescribir la historia en la que habría que hablar de lo bien que luchó Goliath en la ocasión de tenérselas que ver con el pequeño David, amateur en el lanzamiento de piedras, de lo tontos que debieron de parecer los arqueros ingleses frente a la espléndida caballería francesa en Azincourt, o de lo embarazoso que puede resultar incluir junto al glorioso nombre de Rommel, el veterano general de primera clase, al chico; de boina que parece ser que llaman «Monty» en El Alamein..., sugiere el traslado de los cuarteles generales del «Maritime» a Madrid.

Con mucha menos calidad y humor periodísticos, el Daily Express no duda en calificar de raqueros, de beneficiarios de naufragios y desastres a los «revisionistas», incluido el almirante Lewin, quien, por mucho que haya llegado a la más alta categoría naval, «five ring Admiral», no tendrá, en su opinión, quien cante sus proezas por siglos, como ha ocurrido con su vituperado eamarada Drake, preguntándose, en fin, por qué si Lord Howard, jefe de la flota inglesa en 1588, no se deshizo ni avergonzó de Drake, Lord Lewin, 400 años más tarde, pretende hacerlo.

A principios de año ya no había lugar a dudas sobre la orientación que iba a tener la exposición, tras la aparición de un folleto emitido por el comité organizador en el que se especificaba que ahora, 400 años más tarde, es hora de contar la verdadera historia de la Armada, limpia de mitos y fervores patrióticos. Era el enfoque por el que la prensa popular había puesto el grito en el cielo, ni más ni menos.

**REACCIONES
CONTRA EL
COMITÉ
ORGANIZADOR
Y EL EQUIPO
HISTORIADOR**

**LA MEJOR
EXPOSICIÓN
DE
GREENWICH**

La organización no se había dejado impresionar en absoluto por la reacción de la prensa.

El pasado veinte de abril y patrocinada por S. M. la reina Isabel II, cuya irepresentación ostentaba el príncipe Carlos, se inauguraba la notabilísima exposición conmemorativa de aquella Armada que en 1588 envió nuestro Felipe II y que conmovió y sigue conmoviendo a los ingleses de todos los tiempos.

El tratamiento del episodio y la exhibición de objetos españoles estaba presidida por la seriedad en el análisis, la fidelidad a la historia y el respeto a España.

Desde el punto de vista museístico la exposición lógica, didáctica y ordenada de pinturas, retratos, armas, mapas, monedas, instrumentos náuticos, modelos, maquetas, miniaturas, grabados, banderas, joyas, objetos varios, paneles explicativos y representaciones escénicas, es modélica y de encomiable buen gusto.

En el prefacio de su excelente catálogo, el director del Museo de Greemyich agradecía el alto valor de las piezas prestadas y la colaboración española sin la que la exposición hubiera pecado de umjaterah'dad.

En el último capítulo del mismo, con el título «After the Armada», la profesora doctora Rodríguez Salgado coronaba la obra con el desarrollo de su tesis, novedosa en la Isla, del resurgimiento naval español posterior a estos acontecimientos, relatando someramente el fracaso de la «contraarmada» inglesa del año 89, como una auténtica revancha histórica en la que los ingleses jugaron esta vez el papel de invasores, sufriendo un rotundo fracaso con pérdidas humanas equivalentes a las de la «Armada», expedición a la que se ha prestado hasta ahora muy poca atención.

Como acertadamente expresaba nuestro Agregado Naval ante un episodio militar de semejante magnitud como la Jornada de Inglaterra;de 1588, cuyo desenlace fue plenamente favorable a Inglaterra,! sería difícil esperar por parte británica un resumen expresado con más respeto, dignidad y hasta admiración hacia la Gran Armada.

**LA POLÉMICA
EN SUS
ÚLTIMOS
COLETAZOS**

La grandiosa exposición, considerada dentro y fuera como un verdadero! logro del genio organizador británico, constituyó el mejor de los argumentos con que acallar las críticas y, pese a algunos comentarios irreductibles, la polémica perdió su virulencia.

La actitud revisionista continuó por parte de otros historiadores no directamente vinculados al proyecto, llegando Félix Barquer a negar todo rigor histórico a hechos admitidos por verídicos y que, aun careciendo de trascendencia, tenían honda aceptación, como la \$renga real de Tilbury y las fogatas costeras de alarma, ¡dos de los actos más llamativos, aparte de la propia exposición, del programa de festejos!

Otros historiadores se suman en esta segunda fase de repaso e incluyen a la ya larga relación de espejismos de la imaginación popular, la partida de bolos de Drake en Plymouth Hoe, que Sir Francis, haciendo alarde de genuina flema inglesa, no quiso interrumpir pese a los apremiantes avisos del avistamiento de la flota española.

¡Hasta a los ciudadanos de Plymouth se les pretendía aguar su representación del «game of bowls»!

Resulta más que justificada, aunque sorprende por su ponderación, la reacción de un comentarista del Daily Express que poetizaba: «Cuando me coloco junto a la estatua de Drake me gusta aún ver el verde campo de juego donde sacó suficiente tiempo para ganar la partida y derrotar también a los españoles».

Todas estas manifestaciones palidecen, sin embargo, ante las conclusiones de Colin Martin y Geoffrey Parker en su libro recién publicado, indicando que si el viento hubiese cambiado, las fuerzas españolas podrían haberse reagrupado, desembarcado en Kent sin oposición y conquistado Londres; unas galernas procedentes del Oeste y adelantadas para la estación, empujaron a la «Armada» hacia Escocia, para hacerla estrellarse en parte contra los acantilados irlandeses. Ni argucias de Drake, ni superioridad inglesa, ni plan inviable, sino la vieja tesis de los elementos.

Ante tan apabullante desmitificación surge el humor inglés representado en esta ocasión por «The Guardian»: «The Spanish were beaten by the wather, but it was our weather, wasn't it?».

Aunque la actitud inglesa había sido más que encorniable, los profesionales que se habían manifestado estaban más o menos estrechamente vinculados a una institución, el «Maritimie», mientras la mayor parte de los historiadores consagrados, que en ese culto país son numerosos y despiertan ecos internacionales, permanecía silenciosa y expectante.

Se hacía necesaria una toma de contacto entre investigadores de ambos países.

Ya hemos señalado cómo la Armada española de siete años a esta parte había estado patrocinando un proyecto de investigación para la ocasión, a través de diversas comisiones responsables de los aspectos más importantes de la empresa.

El fruto de este esfuerzo ha tenido una doble vertiente: la publicación escalonada de una serie de trabajos de tema; concreto (sanidad, comercio, entorno político, medios navales, fuerzas y medios de desembarco...), y la recopilación de un «corpus» de más de 6.000 documentos, cuya edición se está también llevando a cabo con el inestimable apoyo de la Dirección General de Relaciones Informativas y Sociales del Ministerio de Defensa, y que irá precedida por un estudio histórico apoyado exclusivamente en esas fuentes primarias.

La visión general que el tratamiento de toda esa documentación podía aportar al estudio del tema, despertó el más vivo interés en los ambientes especializados británicos, organizándose por el Institute of Historical Research, el Instituto de España en Londres, el National Maritime Museum, el Comité Español: de Ciencias Históricas y el Instituto de Historia y Cultura Naval, sendos coloquios bilaterales entre los pasados días 17 y 22 de mayo. Por parte británica los profesores F. M. L. Thompson, Barker, Adams, Rodríguez Salgado, Israel, Ryan, Scammell, Kamen, y I. A. A. Thompson. Por parte española el contralmirante D. F. Fernando de Bordejé, director del Instituto de Historia Naval y miembro de uno de los grupos de investigación españoles, los profesores Gui-

**LA
CONFERENCIA
ANGLO-
ESPAÑOLA DE
HISTORIADORES
Y EL SIMPOSIO
SOBRE LA
ARMADA**

mera Ravina y Martínez Shaw, el capitán de navio D. José Ignacio González-Aller, y el autor de estas líneas.

Un representante holandés, el profesor Schkkenbroek de la universidad de Leiden, aportó una interesante visión de papel de las fuerzas navales y terrestres de las Provincias Unidas.

Sería prolijo enumerar los múltiples temas y conclusiones, pero baste con señalar el cálido clima de comprensión mutua, usual, por otra parte, entre colegas, el mutuo enriquecimiento, la excelentemente acogida y repetidamente alabada contribución española, que en caballerosa frase del director del Institute of Historical Research, suponía una verdadera aportación trascendente ya que una exposición, por buena que sea, se extingue consigo misma, mientras que una labor de estas características perdurará por siempre.

No nos cabe duda que las nuevas generaciones inglesas tendrán una idea más acorde con la objetividad histórica —más de 100.000 escolares habían visitado la exposición en las dos primeras semanas— aunque aún perduren algunos coletazos de viejas intransigencias.

Lo cierto es que, en el tratamiento de este tema, la Gran Bretaña ha dado una lección al mundo de objetividad y civilización.

«It was the wheather» afirma Mr. Ormond y todo su docto equipo y parece aceptar ya la opinión menos apasionada, mientras en la espaciosa tienda de campaña instalada a la entrada de la exposición y que presiden dos gigantescos «ninots» de Isabel y Felipe, ella colorada como pepona, él con la pierna estirada e inflamada por la gota, se representa diariamente una «opera buffa» titulada «Gone with the wyndes».

